

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

SABADO 28 DE JUNIO DE 1902

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'10 id id.
En cuarta. 00'05 id id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15.

¿Habrá crisis?

Muy al contrario de lo que piensa la generalidad de las gentes, nosotros nos afanzamos más en creer que la crisis está planteada en el seno del actual gabinete, bien que no se haga pública por los percances que pudiera traer; pues sabido es de todos la discreción y sigilo con que los fusionistas resuelven tales cuestiones, vistas en España tan de chorro continuo que no sin razón la quien duda y no cree ni un ápice cuanto de estas cuestiones se trata.

Holgáranos en extremo, y para tal afirmación abundamos en sumos motivos, que no fuera no ya verídica la especie, antes desahogada y por todos estilos imposible, pero las circunstancias que rodean al actual ministerio, nos las hacen tener en cuenta y prestarle más reparo del que hubieran menester.

El aplazamiento del Consejo nos hace ver lo que quizá de otra manera nunca hubiéramos visto; esto es, que para proveer la vacante de la capitania general de Madrid, se tropiezan con muchísimas dificultades, mucho más cuando, como á la hora de ahora, riñen batalla dos poderes harto poderosos, la representación de todo un elemento grande y de verdadera importancia, y el poder de una entidad puramente representativa; dos conveniencias personales, si así se le pueden llamar, que, al ceder, amanguarían ante sus ojos y ante la nación.

Algo, á pesar del silencio que se ha hecho á su alrededor, se deja traslucir á la superficie, y quiera que no, grande importancia reviste el proveimiento de la capitania general de Madrid; por que ¿quién duda que Weyler cejará en su empeño y cese en su porfía de sacar por todos estilos su respetabilidad á salvo? Y cuenta que no es la presente la sola vez que Weyler se ha visto en idéntica situación para con sus compañeros de gabinete, ni es esta la única vez que se le han truncado las aspiraciones cuando ha querido proveer algunas de las plazas vacantes.

Quisiéramos engañarnos en estas apreciaciones nuestras; mas las circunstancias son sobradas evidentes para traer en entredicho lo que ya espera todo el mundo de un modo cierto, y cree el más descreído de los mortales. Sea lo que fuere, ello es, que si hay dimisión no será uno solo el que abandone el ministerio, y si no la hay, entonces, ya habrá para creer son de por vida los males que circundan á la política española, é imposible corregir los desaguisados que de continuo y por modos bien claros y precisos se le hacen al país á todas horas y á todos momentos.

CRONICA

¡CON ESTE CALOR!

Volvió la muchacha de la compra con la cesta vacía.

—Las tiendas—dijo—están cerradas, el mercado desierto: no he podido comprar ni un rábano. Ya se ve, ¡con este calor!

—Pues no podemos pasarnos sin comer—exclamó alarmado.

—¿Y yo qué quiere usted que le haga?—me contestó la Menegilda con desabrimiento.

Me eché á la calle, y casi á la misma puerta de casa me encontré al aguador sentado en su cuba.

—¿No sube usted el agua?—le pregunté.

—No señoritu; heme declarado en juerga.

—Le daré una pesetilla.

—Ni por cinco durus subo con este calor los cinco pisos.

Se obstinó y tuve que dejarles.

Entré en la tahona y pedí dos panecillos.

—Hoy no hay pan—me dijo el tahonero.

—¿Que no hay pan?

—No, señor; nadie ha acudido al trabajo: ni mozos de pala, ni amasadores, ni horneros, ¡cómo hace tanto calor!

—¿Y qué vamos á comer los vecinos?

Se encogió de hombros y respondió con desparpajo:

Salí de la tahona algo consolado de mi malaventura, pensando que si fué maldición terrible la de que cada cual comiera el pan con el sudor de su frente, aun hubiera sido más terrible maldición la de que le comiéramos con el sudor de la frente del panadero.

En medio de la calle, y entre un grupo de regocijados espectadores, dos bravías se arrancaban ardorosamente los respectivos moños. Tenía la una desgarrada la oreja y á la otra le manaba sangre por ambas mejillas. Quise evitar un desastre y me prorrumpí en el consabido grito:

—¡Guardias, guardias!

—Ya puede usted forzar la voz si quiere que le oigan—me dijo con sorna un pilluelo.

—¿Tan lejos están?

—A estas horas deben estar remojándose en el Manzanares, si es que no han salido ya del agua y están comiendo callos en el merendero del Bizco.

—¡Bonita manera de cumplir con su obligación!

—¿Y quien cumple con su obligación con el calor que hace?

Más lejos ardía una casa por los cuatro costados. Los vecinos arrojaban sus muebles por los balcones. Cada cual se salvaba y salvaba lo suyo como mejor podía. Allí no había autoridades, ni bombas, ni bomberos.

—¡Autoridades, bomberos, bombas!

—exclamó un testigo á quien le hice la observación.—¡Cualquiera se acerca á las llamas con el calor que hace!

—Quise tomar un coche, y en mal hora desperté al cochero que iba en el pescante.

—Al ministerio de Fomento—le dije.

—¡Sopla!—gritó:—pues no es floja solana la que hay hasta allí. Donde yo me voy ahora mismo es á la cochera.

—Entonces, ¿por qué tiene usted puesto el «se alquila»?

—Porque me dá la gana.

—Es usted un insolente.

—Y usted un...

Aquello hubiera acabado mal, á no haber yo hecho una apelación á mi prudencia y recurrido á la estratagemas de la fuga.

Tenia que echar una carta y entre en un estanco. La estanquera, mal encubiertas sus exuberancias, hallábase arrellenada en una mecedora, cabe un enorme botijo.

—No hay sellos—me dijo perentoriamente.

—¿Que no hay sellos?

—¿Como si no! ¿Qué adelantaría usted, hombre de Dios, con poner sellos á sus cartas, si no ha de haber empleados que las distribuyan, dependientes que las lleven á la estación, maquinistas que conduzcan el tren correo, peatones que trasladen la correspondencia ni carteros que las repartan? Es claro; ¡con este calor!

Sofocado, y casi reducido al estado líquido, llegué al fin al ministerio, donde tenía encargo de preguntar por un expediente. Un portero me atajó el paso.

—¿Dónde va usted?

—Al negociado del Sr. Balduque.

—El Sr. Balduque está en Cestona.

—Me entenderé con el auxiliar.

—El auxiliar se fué á Cercedilla.

—Preguntaré al escribiente.

—El escribiente salió ayer para Miraflores.

—Entonces—dije resignado—volvire otro día.

—Vuelva usted pará el otoño, porque desde mañana estarán cerradas las puertas de este negociado.

—¿Cómo así?

—Pues, sencillamente, porque mañana temprano salgo con mi familia á veranear á Carabanchel de Abajo. También yo soy hijo de Dios, y siento el calor ni más ni menos que el ministro.

Al regresar al centro de la capital sudoroso y jadeante, acerté á pasar frente al templo agosto de la Representación Nacional. Y entonces lo comprendí todo. Cuando los representantes del país, por el exceso de la temperatura, se declaran en huelga patriótica, ¿qué han de hacer los representantes? Después de todo, ninguno de esos infelices ha importunado á Moret para entrar en el encasillado, ni ostenta una alta investidura parlamentaria, ni tiene la estrecha responsabilidad de la gestión de los negocios colectivos, ni sustenta sobre sus robustos hombros la inmensa pesadumbre de la España que se

desmorona. ¡Cuán perniciosos los malos ejemplos que proceden de las alturas! Viendo á los salvadores de la patria aplazar su obra de salvamento, para tiempo fresco, el pueblo entero bosteza, se estira y se tumba á la bartola.

—También hacía calor, iba yo pensando; también hacía calor en el estío de 1875. Los diputados de aquel tan calumniado Parlamento aguantaron, no obstante, heroicamente las caricias de Febo, congregados desde 1.º de Junio á 18 de Setiembre, realizando una ruda é ingrata labor. Y eso que no contaban con el poderoso refrigerante que se llama D. Práxedes Mateo, más fresco que cien mil lechugas. Eran otros hombres, y tenían para el martirio la vocación que requieren las grandes causas. Porque, á la verdad, mucho calor hace en Madrid; pero aún hacía más calor en el brasero donde, por salvar á la patria, quemó su diestra Murcio Scévola.

Mfr. do Calderón

ASUETO POLÍTICO

Espantable por todos extremos es la lontananza que comienza á vislumbrarse en el cielo de la política española, y más que espantable es aterrador el triste espectáculo que ofrece al país el modo de proceder de los que, por el lugar que ocupan en la política y por lo que representan para la nación, son llamados á estar constantemente en la brecha y servir de égida al país, y en todos los casos y en todas ocasiones demostrar ya de un modo ya por otro, que son verdaderamente lo que debían ser: lo que es lo mismo, que cumplen su deber cual lo aceptaron al erigirse en «padres de la patria».

Allá por el año 97, en aquellos días en que la nación luchaba por detener su marcha en la resbalosa y tétrica pendiente que se abría á sus pies, un hombre, el que hoy predica el exterminio, el funesto doctrinario del mauser, hablaba: «para que los hombres de buena voluntad se levantasen, y juntándose en unión inominada, pidiesen, reclamasen la dirección del bajel político, tan torpemente dirigido y proa á zozobrar, porque en ningunos cánones políticos está que sea necesario que haya dos partidos para gobernar el país». Eso era en el 97; desde entonces acá han transcurrido muchos días, y el que antaño publicó tales doctrinas, hoy, después de pasar por el gobierno de la nación no cree de la misma manera.

Entonces había la perspectiva de poder, veíase la necesidad de la imposición, era necesario hacer algo; hoy, ya son diferente las cosas; los «padres de la patria» abandonan los asuntos de la nación y huyen de las Cortes ante la conveniencia propia; los ministros se retiran de los ministerios para solazarse en las frescas playas de levante ó del cantábrico; la nación puede decirse, queda abandonada á su propia fuerza, el «bajel del estado» surcará los mares sin que un experto piloto dirija el *gubernalle*, expuesto á los bajos y escollos tan frecuentes en el borrasco mar de las naciones; mucho más peligroso, cuando, como á lo presente, una terrible mar de fondo hace cabecear peligrosamente á la nave.

Rodeados siempre de prejuicios personales, los actuales políticos dedicarán el asueto de verano á la propaganda meramente de partido, puramente personal, en la que sólo jugarán principal papel las atinadas frases, los chistes de buen tono, los combates á las ideas, con el solo fin de amenguar en algo la poca fé que algunos puedan abrigar noblemente en medio de las hipócritas ráfagas de convencionalismo y de medro.

Es por todos estilos necesario huir de la Corte. ¿Cómo si no hacerse de un mediocre partido en los lugares de la capital? ¿Cómo si no ir preparando las macas y marrullerías para la apertura de Cortes? Ahora; más que nunca ahora, en el verano, son precisas las vacaciones parlamentarias, mucho más si se atiende á la necesidad que tenemos todos de cobrar fuerzas para la lucha, y rodearnos de un buen golpe de amigos pronto á seguir el rumbo que se le marque.

En cuanto á lo que se dijo en 97, pasó mucho tiempo para acordarse ahora; y

en España, por suerte, todo, absolutamente todo, se olvida, menos lo que se escribe, que queda para solaz de los que gustamos de ello.

BRENO, HOMBRE, BUENO

«El Diario» se nos pone ayer tan formalito y nos asegura que Canalejas ocupa el más esplendente de los altares de su corazón, donde le incienza á menudo y le enciende cirios de á cuatro libras. Démoslo por cierto para evitarle el trabajo de jurarlo, porque es el de jurar un vicio feo del que debes huir, ¡oh Timoteo! y sigamos adelante.

Dice «El Diario»: «Contra afirmación tan gratuita podríamos aducir los muchos elogios que le hemos dedicado y que escritos están en la colección de este periódico.» «El Diario» acostumbra á elogiar á todo el mundo, pero entre esos elogios van las censuras bien aconicionadas. ¿Cuándo ha elogiado nuestro colega al exministro de Agricultura, sinceramente, sin poner entre la dedalita de mil algunas gotas de acibar?

Canalejas, según «El Diario», es santo de su devoción, y nosotros ni comprendemos por qué ni atinamos con las muestras que de ello dá el periódico de la mañana. Si Canalejas le parece muy osado en la cuestión social, osadísimo en la mal llamada religiosa; si le disgusta como propagandista; si quisiera verlo «en el puesto» y actitud que tenía antes de su propaganda, es decir, resignado á que el Gobierno se burlase de él, á que fuesen mitos las promesas de los hombres de Gobierno, á ser un venecido, un inútil, ¿por qué agrada Canalejas á «El Diario»?

Nosotros, á igual de inmenso número de españoles, lo que más admiramos de Canalejas es su energía y eso que nos producen admiración su talento y sus envidiables aptitudes de gobernante. Canalejas vencido, resignado á las burlas. Canalejas indolente, aburrido, despreocupado por trocar en obras sus promesas, nos resultaría un danzante político más; pero emprendedor, activo, procurando encauzar la opinión, tras de alambicar sus ricos veneros, nos resulta muy diferente á como lo ve «El Diario».

«El Diario» según suele ver las cosas distintas á como son, ha notado ahora que Canalejas se ha hecho sospechoso en Palacio, (cosa que pudo verse desde que juró el cargo, porque monarquía española y democracia son casi siempre términos contrarios) y puesto á ver cosas vé que el exministro se ha distanciado circunstancialmente de los republicanos, para quedarse como diz que está el sepulcro de Mahoma: en el aire. «Dios le conserve la perspicacia al colega!»

Cualquier día nos descubre «El Diario» á Canalejas en amigable consorcio con Pidal y el marqués de Vadillo, y retozando con las cabras tristes del integrismo; porque el colega en punto á descubrimientos pone una pica en Flandes; pero mientras no le lleva á tal punto su cariño al insigne demócrata, procure no quererle ni admirarle tanto, que hay carños que matan.

Nosotros, á fuer de francos lo diremos, gustamos más de «El Diario» de los concursos, del Santoral y Cultos y del Año Cristiano, que del que le cuenta los pasos á Canalejas y le tasaré un día de estos el número de garbanzos que pone su cocinera en el cocido.

Pobre gente

Lástima inspiran los pobres ministros que por no resignarse á pasar sin las venturas del poder soportan buenamente ridículo tras ridículo; pero á seguir las cosas como van, acaso inspiren más odio que lástima.

Véase lo que respecto al asunto hallamos en un colega madrileño, que no tiene pelos en la lengua en lo de poner los puntos sobre las íes. Ello es prueba evidente de como las gastan estos señores ministros liberales:

«Desde hace algunos días se viene hablando con gran insistencia, incluso entre los ministeriales que más frecuentan el trato de los ministros, de dificultades que surgen en el momento de

la firma de los decretos, sobre todo cuando éstos se refieren á nombramientos y concesiones de cruces y honores.

Se habla también de decretos que los ministros llevan á Palacio y en Palacio se quedan hasta la semana siguiente, y se habla de otras muchas cosas que nunca quisimos creer, juzgando del decoro de la entidad Gobierno por el propio personal de cada ministro.

Pero es lo cierto que los rumores se extienden y que se atribuye á algunos ministros la confirmación de cuanto viene siendo la comidilla entre los políticos.

Ayer, con motivo de no haberse firmado la combinación de mandos militares anunciada, aquellos rumores se acentuaron en tal grado, que «La Correspondencia Militar», cuyas relaciones con el general Weyler son bien conocidas, se ve en el caso de recogerlos, aunque para no creer en ellos.

Tampoco nosotros creemos que, acordado como estaba ya el nombramiento del exministro Sr. Linares para capitán general de Castilla la Nueva, hubiese ayer un cambio repentino, no ciertamente en el ministro de la Guerra, en virtud del cual resultase que al general citado se le destinaba á Burgos, en sustitución del general Macías, y al Sr. Primo de Rivera á la vacante del general Moltó.

La noticia parece, además, menos creíble por razones de orden político, pues reciente está la campaña del marqués de Estella en el Senado, contra el actual ministro de la Gobernación.

Sea de ello lo que quiera, y puesto que ya es aventurado citar nombres para ocupar los cargos militares vacantes, como dice «La Correspondencia Militar», consignemos lo que de todo cuanto se murmura resulta exacto, y es que los ministros dicen que el día de firma pedirán la de tales y cuales decretos y luego los decretos no aparecen ó se publican modificados.

Lo cual revela, ya que no creamos en otra causa, una gran falta de seriedad.

JUVENTUD DEMOCRÁTICA

Vencidas las dificultades de local que motivaron el aplazamiento del mitin que debió celebrarse el próximo pasado domingo, 22 del corriente, se verificará por fin mañana á las diez, en el Teatro Circo-Villar.

Como por la índole de la esencia de la constitución del nuevo grupo predomina en este una amplitud de criterio hermosísimo, ya que en él caben todos los elementos progresivos de la política y de la vida social; y á más son numerosos los adeptos con que cuenta el nuevo organismo, la reunión que se celebra mañana promete ser brillante y trascendental.

Nosotros sabemos asistirán comisiones de pueblos de la provincia y entre ellas una distinguida y caracterizada de los entusiastas elementos de Molina.

Sin tratar de elevar á las nubes á la «Juventud democrática», debemos congratularnos y nos congratulamos del entusiasmo que predomina entre los jóvenes demócratas. ¿De quién si no se espera un sano movimiento de opinión? ¿De los elementos caducos y prostituidos que hoy excluvizan la «cosa pública»?

Los individuos que componen el nuevo grupo vienen á la lucha política sin ambiciones, sin desalientos, sin egoísmos. Vienen con las aspiraciones entusiastas y altruistas que caracterizan tan bella edad de la vida. ¿Quiérese malograr tan santas aspiraciones, tan sanos propósitos de redención para la madre patria? Pues no es preciso otra cosa que aislarles, hacer el vacío á su alrededor, sembrar á su paso la semilla de la desconfianza... y, en una palabra, seguir como estamos... ¡que así nos vá de lucidos!

Conflicto inminente

Llamamos la atención del Sr. Gobernador hacia el estado de disgusto en que se hallan los vecinos de Villanueva y Ojós, por cuestiones sobre aprovechamiento de montes comunales, gracias al influjo de determinados caciques.

Como se les ha acabado la paciencia á los ganaderos de aquel término,

